

El Nigromante

Los secretos del inmortal
Nicolas Flamel

Michael Scott

Traducción de María Angulo Fernández



Rocaeditorial

A Piers,
cura te ipsum

Estoy asustado. No por mí, sino por aquellos que dejaré atrás: Perenelle y los gemelos. Ya he asumido que no seremos capaces de recuperar el Códex a tiempo para salvarnos a mi esposa y a mí. Puede que sólo me quede una semana de vida, dos a lo sumo, antes de que la vejez me consuma por completo; Perenelle todavía tendrá unos pocos días más. Y ahora que la muerte me pisa los talones, he descubierto que no quiero morir.

He vivido en esta tierra seiscientos setenta y seis años y aún me quedan muchas cosas por ver, muchas cosas que desearía hacer si tuviera tiempo. Sin embargo, estoy agradecido por haber vivido lo suficiente para encontrar a los gemelos de la leyenda y orgulloso de haberlos iniciado en las Magias Elementales. Sophie ya domina tres de ellas; Josh tan sólo una, pero ha demostrado otras habilidades y su valentía es extraordinaria. Hemos regresado a San Francisco y dado por muerto a Dee en Inglaterra, su país natal. Espero que no volvamos a verlo nunca más; aunque su encuentro con el Arconte no le destruyera, sé de buena tinta que sus amos no tolerarían un fracaso de tal magnitud. Sin embargo, me inquieta la idea de que Maquiavelo esté aquí, en esta misma ciudad. Perenelle lo encerró junto con su compañero en Alcatraz, donde se encuentran todos los monstruos, pero no sé cuánto tiempo la Roca puede mantener atrapado a alguien como el inmortal italiano.

Tanto Perenelle como yo estamos de acuerdo en el hecho de que Alcatraz supone una amenaza que debemos eliminar mientras podamos. Siento curiosidad por saber qué encierran

las celdas de esa cárcel. Algunas leyendas relatan sucesos del pasado en que los Oscuros Inmemoriales soltaban monstruos en ciudades humanas, y lo cierto es que no me cabe la menor duda de que Dee está lo bastante loco y desesperado para hacer precisamente eso.

10 Pero aún más inquietante me resulta la noticia de que Scathach y Juana de Arco hayan desaparecido. La línea telúrica de Notre Dame debería haberlas transportado hasta el monte Tamalpais, pero jamás llegaron a su destino. Cuando hablé con Saint-Germain hace un rato, estaba completamente fuera de sí, muy preocupado, pero le recordé que Scathach tiene más de dos mil quinientos años y es la mejor de las guerreras. Juana también es una de las mejores soldados que ha pisado esta tierra. Francis ha examinado el Punto Cero y ha descubierto lo que aparentemente son restos de huesos aplastados de animales prehistóricos. Sospecho que Maquiavelo sabotó la línea telúrica con el hechizo alquímico de la Atracción. Saint-Germain está convencido, y admito que yo también, de que Scathach y Juana han viajado en el tiempo... pero ¿a qué época?

Pero mi mayor preocupación son los mellizos; no estoy muy seguro de cómo me ven. Siempre he tenido presente que Josh albergaba ciertas reservas sobre mi persona, pero ahora presiento que ambos me temen y han perdido su confianza en mí. Es cierto que han averiguado partes de mi historia que hubiera preferido mantener ocultas. Quizá debería haber sido más honesto con ellos; no me siento orgulloso de algunas cosas que he hecho, pero no me arrepiento absolutamente de nada. Hice lo que debía para asegurar la supervivencia de la raza humana y, sin duda, volvería a hacerlo.

Los mellizos han vuelto a casa de su tía, en Pacific Heights. Les dejaré un día o dos para que descansen y se recuperen, pero ni uno más, ya que Perenelle y yo no gozamos del lujo del

tiempo. Después, tendremos que volver a empezar. Es fundamental completar su formación; deben estar preparados para el día en que los Oscuros Inmemoriales regresen. Porque ese día está a punto de llegar.

El acontecimiento del Litha se acerca.

*Extracto del diario personal de Nicolas Flamel, alquimista.
Escrito el 5 de junio en San Francisco, mi ciudad adoptiva.*

MARTES,
5 de junio

Capítulo 1



nunca pensé que volvería a ver este lugar —dijo Sophie con una gran sonrisa mientras miraba a su hermano.

—Nunca pensé que me alegraría tanto de volver a verlo —respondió Josh—. Parece... No sé, diferente.

—Está igual que siempre —comentó su hermana—. Somos nosotros los que hemos cambiado.

15

Sophie y Josh caminaban por la calle Scott, en Pacific Heights, en dirección a la casa de su tía Agnes, justo en la esquina con la calle Sacramento. La última vez que habían visto la casa había sido tan sólo seis días antes, el jueves 31 de mayo, cuando habían salido para ir a trabajar: Sophie en la cafetería y Josh en la librería. Aquel día había empezado como cualquier otro, pero se convirtió en el más extraordinario que jamás vivirían.

Aquel día, su mundo cambió para siempre y ellos también lo habían hecho, tanto física como mentalmente.

—¿Y qué le decimos? —preguntó Josh con cierto nerviosismo. La tía Agnes tenía ochenta y cuatro años y, aunque ellos la llamaban «tía», en realidad no estaban emparentados. Sophie creía que quizás era la hermana de su abuela, o su prima, o quizá sólo una amiga; nunca lo había sabido de cierto. La tía Agnes era una anciana dulce pero gruñona

que enseguida se preocupaba si llegaban cinco minutos tarde. Volvía locos a los gemelos y rápidamente avisaba a sus padres sobre todo lo que hacían o dejaban de hacer.

—No nos compliquemos —resolvió Sophie—. Mantendremos la misma historia que le contamos a mamá y a papá: primero la librería cerró porque Perenelle no se encontraba muy bien y entonces los Flamel...

—Los Fleming —la corrigió Josh.

—Los Fleming nos invitaron a pasar unos días con ellos en el desierto.

—¿Y por qué cerró la librería?

—Por un escape de gas.

Josh asintió con la cabeza.

—Escape de gas. ¿Y dónde está la casa de los Flamel en el desierto?

16

—En Joshua Tree.

—Vale, lo tengo.

—¿Estás seguro? Eres un mentiroso horrible.

Josh se encogió de hombros.

—Lo intentaré. Sabes perfectamente que nos va a hacer un interrogatorio.

—Lo sé. Y después nos tocará hablar con mamá y papá.

Josh dijo que sí con la cabeza y desvió la mirada hacia Sophie. Había estado reflexionando sobre algo durante los últimos días y creyó que éste sería el momento idóneo para plantearlo.

—He estado pensando... —empezó con voz suave—. Quizá deberíamos contarles la verdad.

—¿La verdad?

La expresión del rostro de Sophie se mantuvo impasible y los mellizos continuaron caminando. Al cruzar la

calle Jackson avistaron la casa de madera blanca y de estilo victoriano de su tía Agnes, que estaba a tan sólo tres manzanas de distancia.

—¿Qué opinas? —preguntó Josh al advertir que su hermana no decía nada más.

Finalmente, Sophie asintió.

—Claro, podríamos hacerlo —dijo. Se apartó unos mechones de cabello rubio de los ojos y miró directamente a su hermano antes de añadir—: Déjame que lo entienda. Quieres que les digamos a mamá y a papá que todo el trabajo que han hecho durante toda su vida no sirve para nada. Que todo lo que han estudiado, historia, arqueología y paleontología, ha sido en vano porque es mentira. —Los ojos de Sophie brillaban intensamente—. Sí, creo que es una idea excelente, pero, si no te importa, se lo dices tú mientras yo miro.

Josh se encogió de hombros con incomodidad.

—Vale, vale, entonces no se lo contamos.

—En cualquier caso, todavía no.

—De acuerdo, pero tarde o temprano tendremos que hacerlo. Ya sabes que es imposible tener secretos con ellos. Siempre acaban por saberlo todo.

—Eso es porque la tía Agnes se lo cuenta todo —murmuró Sophie.

Una limusina negra y brillante con ventanas polarizadas pasó lentamente junto a ellos. El conductor estaba ligeramente inclinado hacia delante, como si quisiera comprobar las direcciones de aquella calle adornada con árboles alineados.

Josh señaló la limusina con la barbilla.

—Qué raro. Parece que vaya a aparcar delante de la casa de la tía Agnes.

Sophie alzó la mirada sin mostrar ningún tipo de interés.

—Lo único que quiero es poder hablar con alguien —susurró—, alguien como Gilgamés.

De repente, las lágrimas inundaron su mirada azul.

—Espero que esté bien.

La última vez que había visto al inmortal estaba herido por el impacto de una flecha lanzada por el Dios Asado. Molesta e irritada, miró a su hermano.

—No me estás prestando atención.

—El coche está aparcando delante de la casa de la tía Agnes —dijo Josh lentamente. De repente, una señal de advertencia empezó a zumbear en su cabeza—. Sophie...

—¿Qué ocurre?

—¿Cuándo fue la última vez que la tía Agnes recibió una visita?

18

—Nunca recibe visitas.

Los mellizos contemplaron cómo el delgado conductor, ataviado con un traje negro, se apeaba del coche y subía los peldaños de la casa mientras deslizaba suavemente la mano, cubierta por un guante negro, por la barandilla metálica. Los oídos de los chicos, muy agudizados tras el Despertar, percibieron los golpes en la puerta y, de forma inconsciente, aceleraron el paso. Vieron a su tía Agnes abrir la puerta: era una mujer menuda, de extrema delgadez. Todos y cada uno de los huesos de su cuerpo podían distinguirse perfectamente bajo su piel, pues sobresalían de una forma pasmosa, y la artritis le había hinchado todos los dedos. Josh sabía que, durante su juventud, su tía había sido hermosa, pero de aquello hacía ya mucho tiempo. Nunca había estado casada y en la familia corría el rumor de que el amor de su

vida había muerto en la guerra, aunque Josh no estaba seguro de en cuál.

—¿Josh? —preguntó Sophie.

—Algo no anda bien —murmuró el joven. Empezó a correr hacia la casa de su tía y Sophie le siguió sin esfuerzo. Los mellizos observaron cómo el conductor alargaba la mano y le entregaba algo a la tía Agnes. Se inclinó ligeramente y entornó los ojos hacia lo que parecía ser una fotografía. Pero cuando ella se acercó un poco más para mirarla mejor, el conductor se deslizó con habilidad tras ella y se coló en el interior de la casa.

Josh salió disparado.

—¡No dejes que el coche se vaya! —le gritó a Sophie.

Corrió a toda prisa hasta llegar a la casa y subió los peldaños velozmente.

—Hola, tía Agnes, ya estamos en casa —anunció mientras pasaba corriendo junto a ella.

19

La anciana dio un giro completo mientras la fotografía se agitaba entre sus dedos.

Sophie siguió a su hermano, pero se detuvo tras el vehículo; se agachó y apretó las yemas de sus dedos contra el neumático derecho trasero. Rozó el pulgar con el tatuaje de su muñeca izquierda y sus dedos se iluminaron. Presionó la rueda; de repente, percibió el olor a goma quemada y, rápidamente, se escucharon cinco sordos chasquidos: el neumático estaba pinchado. El aire empezó a sisear por los pinchazos y en cuestión de segundos la rueda quedó apoyada tan sólo sobre la llanta metálica.

—¡Sophie! —chilló la anciana al ver a la joven subir las escaleras a toda prisa—. ¿Qué está pasando? ¿Dónde habéis estado? ¿Quién era ese joven tan amable? ¿Es Josh a quien acabo de ver pasar?

—Tía Agnes, acompáñame.

Sophie alejó a su tía de la puerta principal por si acaso Josh o el conductor salían corriendo de la casa y se llevaban accidentalmente a la pobre anciana por delante. Se arrodilló y recogió la fotografía que su tía había tenido entre sus manos tan sólo un momento antes. Rápidamente llevó a su tía a una distancia prudencial de la casa. Sophie miró la fotografía: se trataba de la imagen en tono sepia de una jovencita que iba vestida con un uniforme de enfermera. En la esquina derecha de la foto estaba escrita con tinta blanca la palabra YPRES, junto con la fecha 1914. Sophie contuvo la respiración; no cabía la menor duda de quién era la persona de la fotografía: aquella mujer era Scathach.

20

Josh se adentró por el pasillo, completamente a oscuras, y se apoyó en la pared a la espera de que sus ojos se adaptaran a la penumbra. La semana pasada no habría tenido ni idea de cómo hacerlo, aunque lo cierto es que tampoco hubiera sido capaz de entrar en una casa tras los pasos de un intruso. Habría hecho lo más sensato: llamar al 911. Alargó la mano hasta el paragüero que había detrás de la puerta y extrajo uno de los bastones de su tía. No era *Clarent*, pero no tenía otra opción.

Josh permaneció quieto, con la cabeza un poco inclinada, intentando percibir cualquier sonido. ¿Dónde estaba el desconocido?

Se oyó un crujido en el rellano y un hombre aparentemente joven y vestido con un sencillo traje negro, camisa blanca y corbata oscura empezó a bajar las escaleras a toda prisa. Disminuyó la velocidad al ver a Josh, pero no

se detuvo. Esbozó una sonrisa, aunque ésta pareció más bien un reflejo que un gesto voluntario. Ahora que veía al extraño más de cerca, Josh pudo percatarse de que era de origen asiático: ¿japonés, tal vez?

Josh dio un paso hacia delante con el bastón ante él como si se tratara de una espada.

—¿Dónde crees que vas?

—Pasaré por encima de ti si es necesario —respondió el desconocido en inglés con un evidente acento japonés.

—¿A qué has venido? —le exigió Josh.

—Estoy buscando a alguien —respondió sencillamente.

El intruso bajó el último peldaño de la escalera y emprendió el camino por el pasillo en dirección a la puerta principal. Sin embargo, Josh enseguida se cruzó en su camino amenazándole con el bastón.

—No tan rápido. Me debes una respuesta.

El hombre del traje negro agarró el bastón, se lo arrebató de las manos y lo partió en dos golpeándolo con la rodilla. Josh hizo una mueca de dolor; eso tenía que hacer daño. El desconocido arrojó los restos del palo en el suelo.

—No te debo nada, pero tendrías que estar agradecido. Hoy estoy de buen humor.

Hubo algo en el tono de voz de aquel hombre que hizo que Josh retrocediera: algo frío y calculador que, de repente, le hizo preguntarse si era completamente humano. Josh permaneció en la entrada y observó cómo el intruso descendía con ligereza los peldaños de la casa. Iba hacia la puerta del coche cuando se dio cuenta del neumático trasero.

Sophie sonrió y movió la mano en forma de saludo.

—Parece que tienes un pinchazo.

Josh bajó a toda prisa los peldaños y se colocó junto a su hermana y su tía.

—Josh —dijo Agnes con expresión quejumbrosa—, ¿qué está pasando?

Sus ojos grises parecían enormes tras aquellos cristales tan gruesos.

La ventanilla trasera de la limusina descendió lentamente y el japonés enseguida se asomó al interior para comunicar algo a una persona mientras señalaba el neumático.

De repente, la puerta se abrió y una joven se apeó del vehículo. Iba con un precioso traje negro, confeccionado a medida, que lucía sobre una camisa de seda blanca. Llevaba un par de guantes de piel negros y unas diminutas gafas de sol redondas sobre la nariz, pero su cabello pelirrojo y su tez pálida repleta de minúsculas pecas la traicionaron.

—¡Scathach! —gritaron ambos hermanos al mismo tiempo.

La mujer sonrió y dejó así al descubierto una mandíbula de dientes vampíricos. Deslizó las gafas de sol hacia delante y reveló su mirada verde esmeralda.

—Casi —respondió secamente—. Soy Aoife de las Sombras, y quiero saber qué le ha ocurrido a mi hermana gemela.

Capítulo 2



unca pensé que volvería a ver este lugar —confesó Nicolas Flamel mientras empujaba la puerta trasera de la pequeña librería.

—Yo tampoco —reconoció a su vez Perenelle.

La parte inferior de la puerta se atascó y Nicolas, apoyándose sobre el hombro, empujó con todas sus fuerzas. La puerta rasguñó el suelo de piedra y, de inmediato, el hedor les abrumó: un olor ligeramente dulce a madera podrida y papel enmohecido mezclado con el tufo empalagoso y rancio característico de la descomposición. Perenelle tosió y se llevó la mano a la boca al mismo tiempo que los ojos se le humedecían de lágrimas.

23

—¡Es asqueroso!

Nicolas tomó aire de manera cautelosa; aún podía distinguir el rastro del inconfundible hedor que desprendía Dee: la peste a huevo podrido típica del azufre. La pareja se deslizó hacia un oscuro pasillo repleto de altísimas pilas de cajas de libros de segunda mano acumuladas en ambos lados. Éstas mostraban unas líneas de putrefacción negra y sus tapas habían empezado a ondularse; algunas se habían roto por completo y el contenido de libros había quedado desparramado en el suelo.

Perenelle rozó con un dedo una de las cajas y lo alzó

completamente cubierto de moho. Se lo mostró así a su marido, al que preguntó:

—¿Quieres contarme algo?

—El doctor y yo luchamos —dijo en voz baja.

—Ya lo veo —respondió Perenelle con una sonrisa—. Y tú saliste vencedor.

—Bueno, la palabra «victoria» es un término relativo... —respondió Nicolas mientras abría la puerta del fondo del pasillo que conducía directamente a la librería—. Me temo que la librería no salió tan airosa como yo.

Deshizo sus pasos, tomó la mano de su esposa y la condujo hacia la gigantesca sala repleta de libros.

—Oh, Nicolas... —susurró Perenelle conteniendo la respiración.

24 La librería estaba en ruinas. Una gruesa capa de moho afelpado de color verde negruzco lo cubría todo y el olor a azufre era abrumador. Los volúmenes estaban esparcidos por toda la librería, con las páginas hechas trizas, las cubiertas trituradas y los lomos rotos; lo que antaño habían sido libros yacían sobre mesas aplastadas con astillas que sobresalían por las esquinas. Una gigantesca porción del techo había desaparecido por arte de magia y el yeso colgaba como si se tratara de una tela hecha jirones, lo que dejaba al descubierto las vigas de madera y el cableado. La antigua entrada al sótano no era ahora más que un agujero enorme rodeado por trozos de madera podridos donde habían crecido unas setas que despedían un hedor nauseabundo. Unos diminutos gusanos blancos se retorcián y arrastraban a través de la mugre. La alfombra de colores vívidos y alegres que decoraba el centro del suelo se había transformado en un repugnante y raído trozo de tela de color grisáceo.

—Destrucción y putrefacción —murmuró Perenelle—. La tarjeta de visita de Dee.

La esbelta y elegante mujer se adentró en la librería con mucho cuidado. Cualquier cosa que tocara se desmoronaría o se convertiría en polvo. Las tablas de madera del suelo tenían un tacto esponjoso y pegajoso, y crujían con cada paso de Perenelle, como si amenazaran con hacerla caer directamente al sótano de un momento a otro. De pie en el centro de la sala, la Hechicera colocó las manos en las caderas y se giró despacio. Unos enormes lagrimones brotaban de sus ojos verdes: adoraba aquella librería; había sido su hogar y su vida durante una década. Habían realizado muchísimos oficios a lo largo de los siglos, pero precisamente esta librería le recordaba, más que cualquier otro lugar, los primeros años junto a Nicolas, cuando él ejercía como escribano y librero en París, en el siglo XIV. Durante aquella época habían sido personas normales y corrientes, con una vida sencilla, hasta el fatídico día en que Nicolas decidió comprar el Códex, el Libro de Abraham el Mago, a aquel hombre encapuchado de ojos de un azul intenso. Aquél fue el día en que acabó su vida mundana y se adentraron en el mundo de lo extraordinario, donde nada era lo que parecía y no se podía confiar en nadie.

25

Se giró para mirar a su marido. Había permanecido inmóvil en la puerta y observaba fijamente la tienda con una expresión de preocupación y pena en su rostro.

—Nicolas —dijo suavemente.

Fue en el momento en que él alzó la mirada cuando Perenelle se dio cuenta de cuánto había envejecido en una semana. Durante siglos, su apariencia física había cambiado muy poco. Con su pelo muy corto, su rostro sin

apenas arrugas y su mirada pálida, siempre había aparentado tener alrededor de cincuenta años, justo la edad que tenía cuando empezaron a preparar la poción de la inmortalidad. Pero ahora parecía tener, como mínimo, setenta años. Se le había caído muchísimo cabello y tenía unas arrugas muy profundas en la frente; sus ojos estaban hundidos y con muchas más líneas de expresión; además, habían empezado a aparecerle manchas oscuras en el dorso de la mano.

El Alquimista advirtió cómo le miraba su mujer y esbozó una lastimera sonrisa.

—Lo sé. Parezco viejo, pero aun así no está tan mal para alguien que ha vivido seiscientos setenta y siete años.

26 —Setenta y seis —corrigió Perenelle con tono amable—. Cumplirás los setenta y siete en tres meses.

Nicolas dio un paso hacia delante y rodeó a su esposa con los brazos, estrechándola con fuerza.

—No creo que llegue a celebrar ese cumpleaños —confesó en voz baja, casi en un susurro a su oído—. He utilizado más mi aura en la última semana que en las dos últimas décadas. Y sin el Códex...

Su voz se iba apagando. No era necesario que acabara la frase. Sin el hechizo de la inmortalidad que aparecía una vez al mes en la séptima página del Códex, él y Perenelle empezarían a envejecer y la muerte no tardaría mucho en llegarles, pues todos sus años acumulados les alcanzarían.

—¡Todavía no estamos muertos! —exclamó Perenelle con brusquedad. Su enfado provocó que utilizara el francés provinciano de su juventud—. Hemos estado en situaciones muy complicadas antes, y hemos sobrevivido.

De repente, una mera insinuación de su aura crepitó a su alrededor mientras unos gélidos hilillos se esfumaban de su piel. Nicolas dio un paso atrás y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Pero siempre habíamos tenido el Códex en nuestro poder —le recordó el Alquimista en la misma lengua.

—No me refiero a la inmortalidad —replicó Perenelle con un acento bretón cada vez más marcado—. Hemos vivido siglos, Nicolas, siglos. No me da miedo morir porque sé que cuando nos vayamos de este mundo, lo haremos juntos. Lo insoportable sería vivir sin ti.

El Alquimista asintió con la cabeza sin atreverse a pronunciar palabra: no era capaz de imaginarse la vida sin Perenelle.

—Tenemos que hacer lo que siempre hemos hecho —insistió la Hechicera—: luchar por la supervivencia de la raza humana. —Agarró por los brazos a Nicolas y le clavó con fuerza los dedos hasta hacerle sentir dolor—. Durante seiscientos años hemos protegido el Códex y hemos mantenido alejados a los Oscuros Inmemoriales de este mundo. No nos detendremos ahora —afirmó con rostro serio y expresión severa—. Nicolas, ya no tenemos nada que perder. En vez de huir y escondernos para proteger el libro, tenemos que atacar —dijo de manera amenazante—. Tenemos que reemprender la lucha contra los Oscuros Inmemoriales.

El Alquimista hizo un gesto afirmativo con cierta incomodidad. En momentos como éste, su esposa Perenelle le asustaba. Aunque llevaban casados siglos, todavía había muchas cosas que desconocía de su mujer y del extraordinario don que le permitía vislumbrar las sombras de los muertos.

—Tienes razón; no tenemos nada que perder —dijo Nicolas—. Ya hemos perdido mucho.

—Esta vez tenemos la ventaja de contar con los mellizos —le recordó su esposa.

—No estoy seguro de que confíen plenamente en nosotros —reconoció él, antes de inspirar profundo y añadir—: En Londres descubrieron la existencia de los anteriores mellizos.

—Ah, ¿por Gilgamés?

El Alquimista asintió.

—Por el Rey. Ahora mismo no estoy seguro de que estén dispuestos a creer todo lo que les contemos.

—Bueno, entonces —dijo Perenelle con una adusta sonrisa— les diremos la verdad; toda la verdad —añadió mirando fijamente a su marido.

28 Nicolas Flamel mantuvo su mirada durante un momento, hizo un gesto afirmativo con la cabeza y enseguida giró la cabeza.

—Y sólo la verdad —suspiró. Esperó hasta que su esposa hubo abandonado la librería y, en voz baja, agregó—: Pero la verdad es una espada de doble filo, algo muy peligroso.

—Te he oído —le avisó ella.

Capítulo 3



llamad a vuestros padres ahora mismo —ordenó la tía Agnes mientras fulminaba con la mirada a Sophie y después a Josh, que estaba aún más cerca—. Están preocupadísimos por vosotros. Me han estado llamando dos y tres veces cada día, y esta misma mañana me han dicho que si hoy no aparecíais por casa iban a avisar a la policía para denunciar vuestra desaparición —comentó. Hizo una pausa y después, con un tono dramático, añadió—: Iban a decirles que os habían secuestrado.

29

—No estábamos secuestrados. Llamamos por teléfono a mamá y papá hace un par de días —murmuró Josh.

Intentaba desesperadamente recordar cuándo había hablado con sus padres. ¿Fue el viernes?, ¿o quizás el sábado? Miró de reojo a su hermana en busca de apoyo, pero Sophie seguía observando a la mujer de traje negro que tanto se parecía a Scathach. El joven desvió la mirada hacia su tía; sabía perfectamente que había recibido un correo electrónico de sus padres el... ¿era el sábado cuando habían estado en París? Ahora que habían regresado a San Francisco, los últimos días empezaban a desdibujarse y entremezclarse.

—Acabamos de volver —logró articular al fin, afe-
rrándose a la verdad. Rápidamente besó a su tía en las
mejillas y le preguntó—: ¿Cómo estás? Te hemos echado
de menos.

—Podríais haber llamado por teléfono —respondió
bruscamente la diminuta anciana—. De hecho, deberíais
haberlo hecho. —Unos ojos del color del sílex, aumenta-
dos tras los gigantescos anteojos, fulminaron a los melli-
zos—. Estaba preocupadísima. Telefoneé a la librería al
menos una docena de veces y cuando os llamaba al móvil,
nunca respondíais. No veo el sentido de tener un teléfono
si no es para responder las llamadas.

—La mayor parte del tiempo no teníamos cobertura
—se disculpó Josh sin alejarse, una vez más, de la ver-
dad—, y después perdí mi teléfono —añadió, lo cual tam-
bién era cierto.

30

Su teléfono móvil, junto con la mayoría de sus perte-
nencias, había desaparecido cuando Dee destruyó el Ygg-
drasill.

—¿Perdiste tu móvil? —repitió la anciana mientras
sacudía la cabeza, mostrando así su indignación—. Es el
tercero que pierdes este año.

—El segundo —susurró él.

La tía Agnes se giró y empezó a subir lentamente los
peldaños. Josh se ofreció a ayudarla, pero ella, con un
gesto de la mano, le apartó.

—Dejadme tranquila, no soy inútil —declaró. Y en-
tonces alargó la mano y agarró el brazo de Josh—. Podrías
ayudarme, jovencito.

Cuando llegaron a la puerta, la anciana se dio la vuelta
y miró hacia abajo, donde todavía permanecía Sophie. Es-
taba de pie enfrente de aquella extraña mujer pelirroja.

—Sophie, ¿vienes?

—Un momento, tía.

La joven desvió la mirada hacia su mellizo y, con un gesto, señaló la puerta de la entrada, que seguía abierta.

—Voy en un minuto, Josh. ¿Por qué no entras con la tía Agnes y le preparas una taza de té?

Josh enseguida empezó a negar con la cabeza, pero los dedos de la anciana se le clavaron en el brazo con una fuerza asombrosa.

—Y mientras el agua se calienta, puedes telefonar a tus padres —propuso la anciana. Después, volvió a mirar con los ojos entornados a Sophie y añadió—: No tardes mucho.

Sophie Newman sacudió la cabeza.

—Enseguida entro.

En cuanto Josh y la tía Agnes desaparecieron en el interior de la casa, Sophie se giró hacia la extraña desconocida.

—¿Quién eres? —preguntó con tono exigente.

—Aoife —respondió la mujer, que pronunció su nombre como «I-fa».

Se inclinó y recorrió con sus manos, todavía enfundadas en unos guantes oscuros, el neumático pinchado de la limusina. Después, dijo unas frases en un idioma que Sophie reconoció como japonés. El hombre de aspecto juvenil con el que Josh se había topado dentro de la casa se quitó la chaqueta, la arrojó sobre el asiento del conductor y abrió el maletero para sacar un berbiquí y un gato. Colocando éste bajo el pesado vehículo, hizo palanca con cierta facilidad y empezó a cambiar el neumático.

Aoife se quitó el polvo de los guantes, se cruzó de brazos e inclinó ligeramente la cabeza para mirar a la joven.

—Esto no era necesario —dijo la desconocida. Sophie distinguió la musicalidad de un acento extranjero.

—Pensamos que os disponíais a secuestrar a nuestra tía —reconoció Sophie en voz baja. El nombre de Aoife había provocado una avalancha de pensamientos e imágenes que se arremolinaban en su cerebro, pero le costaba demasiado distinguir los recuerdos de Scathach de los de su hermana—. Queríamos deteneros.

Aoife sonrió levemente, sin mostrar los dientes.

—Si hubiera querido secuestrar a vuestra tía, ¿crees que habría venido a plena luz del día?

—No lo sé —respondió la joven—, ¿lo habrías hecho?

Aoife deslizó sus pequeñas gafas oscuras y ocultó sus ojos verdes, y, durante unos instantes, consideró la pregunta.

32 —Tal vez sí, o tal vez no. Pero —añadió con una sonrisa que esta vez sí mostraba sus dientes vampíricos— si hubiera querido tener a tu tía, sin duda lo habría conseguido.

—Eres Aoife de las Sombras —anunció Sophie.

—Soy la hermana de Scathach: somos gemelas, y yo soy la mayor.

Sophie no pudo evitar dar un paso atrás. Finalmente, los recuerdos de la Bruja sobre Aoife empezaban a encajar y tomar forma.

—Scathach me habló de su familia, pero no mencionó a ninguna hermana —reconoció.

La joven no estaba dispuesta a desvelar todo lo que sabía de ella.

—Supongo que no. Tuvimos una fuerte discusión —murmuró Aoife.

—¿Una discusión?

Sin embargo, la joven ya sabía que se habían peleado por un chico; incluso conocía su nombre.

—Por un chico —reconoció Aoife con cierta tristeza en la voz. Miró a ambos lados de la calle antes de volverse hacia la joven y continuar—: Hace mucho tiempo que no hablamos —dijo encogiéndose de hombros—. Ella me repudió, y yo a ella, pero siempre la he protegido sin que se diera cuenta —confesó con una sonrisa—. Entiendo, y no me equivoco, que tú también sabes lo que es cuidar de un hermano.

Sophie asintió con la cabeza: sabía perfectamente de qué estaba hablando Aoife. Aunque Josh era más corpulento y fuerte que ella, todavía lo trataba como su hermano pequeño.

—Es mi hermano mellizo.

—No lo sabía —respondió Aoife en voz baja. Agachó un poco la cabeza, la miró por encima de los oscuros cristales de sus gafas y añadió—: Y los dos tenéis vuestros poderes Despertados.

—¿Qué te ha traído hasta aquí?

—Sentí cómo Scathach... se iba.

—¿Se iba? —Sophie no lo comprendía.

—Se desvanecía, abandonaba este Mundo de Sombras particular. Mi gemela y yo estamos conectadas, unidas por un vínculo muy parecido al que, sin duda, debe de existir entre tu hermano y tú. Siempre que ella sufría, padecía dolor o hambre, o estaba asustada... yo podía presentirlo.

Sophie se descubrió a sí misma asintiendo con la cabeza. En ciertas ocasiones, ella había experimentado el dolor de su hermano: cuando se rompió varias costillas jugando al fútbol, Sophie sintió ardor en el costado, y

cuando estuvo a punto de ahogarse en Hawái, ella se despertó sin aliento y jadeando. Cuando la joven se había dislocado el hombro en clase de taekwondo, a Josh se le hinchó el mismo lugar, donde le apareció un cardenal idéntico al de su hermana.

Aoife espetó una pregunta en un japonés más que rápido y el conductor contestó con un monosílabo. Entonces se giró hacia Sophie.

—Podemos quedarnos aquí y charlar en mitad de la calle —dijo sonriente mientras sus colmillos destellaban—, o puedes invitarme a entrar y conversar cómodamente.

34 Una diminuta alarma sonó en el interior de la cabeza de Sophie. Los vampiros no podían cruzar el umbral de una casa a menos que hubieran sido invitados a hacerlo. En ese preciso instante, supo que no iba a invitar a Aoife a entrar en casa de su tía. Había algo en ella... De forma pausada y deliberada, Sophie dejó que el resto de los recuerdos que habían abarrotado su cerebro salieran a la superficie. De repente, conocía todo aquello que la Bruja de Endor sabía sobre Aoife de las Sombras, lo cual la descolocó un poco. Las imágenes y los recuerdos eran aterradores. Con los ojos abiertos de par en par, retrocedió, en un intento de alejarse de aquella criatura, y en ese preciso momento se percató de que el conductor estaba justo detrás de ella. De inmediato, y sin pensárselo dos veces, alargó la mano en busca del tatuaje de su muñeca izquierda, pero el hombre la agarró por los brazos y los sujetó tras su espalda antes de que Sophie pudiera rozar el dibujo. Aoife dio un paso hacia delante, la tomó por las muñecas y las giró para exponer el diseño que Saint-Germain había quemado en su piel. La joven intentó force-

jean para liberarse, pero el conductor la sujetaba con firmeza, apretándole los brazos con tal fuerza que empezó a notar un hormigueo en los dedos.

—¡Soltadme! Josh os...

—Tu hermano no puede hacer nada.

Aoife se quitó uno de los guantes de piel y tomó la mano de Sophie con sus gélidos dedos. Un humo gris mucriento empezó a emerger de la pálida piel de la vampira. Rozó su pulgar por la cenefa ornamental de estilo celta que rodeaba la muñeca de Sophie y se detuvo en la parte inferior, justo en el círculo dorado con un punto rojo en el centro.

—Ah, la señal de *tine*, la marca del Fuego —murmuró Aoife—. Entonces, ¿habrías intentado quemarme?

—¡Suéltame! —gritó Sophie. Intentó asestar una patada al hombre que la sujetaba, pero sólo consiguió que la agarrara aún con más fuerza, lo cual todavía la asustó más. Ni siquiera la Bruja de Endor se fiaba de Aoife de las Sombras. Ésta giró la muñeca de Sophie provocándole un dolor inhumano y se inclinó para examinar el tatuaje.

—Esto es obra de un maestro. ¿Quién te ha otorgado este... don?

Al pronunciar esta última palabra sus labios se retorcieron mostrando indignación y repugnancia.

Sophie apretó los labios. No pensaba contarle nada a esa mujer.

Las gafas de Aoife resbalaron por su nariz y dejaron al descubierto dos ojos que parecían dos pedazos de cristal verde.

—Maui... Prometeo... Xolotl... Pele... Agni...
—Aoife sacudió rápidamente la cabeza—. No, no es ninguno de ellos. Acabas de regresar de París, así que debe de

ser alguien que vive en esa ciudad —adivinó mientras su voz iba perdiendo intensidad. Miró al conductor por encima del hombro de Sophie y le preguntó—: ¿Qué Maestro del Fuego vive en la capital francesa?

—Tu antiguo adversario, el conde, vive allí —contestó el hombre en inglés.

—Saint-Germain —anunció Aoife de modo áspero. Vio cómo la joven abría los ojos de par en par y esbozó una sonrisa salvaje—. Saint-Germain, el mentiroso; Saint-Germain, el ladrón. Debería haberlo matado cuando tuve la oportunidad —dijo. Después se giró hacia el conductor y ordenó—: Cógela; continuaremos esta conversación en privado.

36 Sophie abrió la boca para gritar, pero Aoife apoyó su dedo índice en el puente de la nariz de la joven. El aura grisácea de la vampira empezó a manar de sus dedos y al instante el humo se enroscó alrededor de la cabeza de la joven, filtrándose por la nariz y la boca.

Sophie intentó encender su propia aura. Se iluminó débilmente alrededor de su cuerpo durante un leve instante antes de perder el conocimiento y desplomarse.

Capítulo 4



Agnes apretó un número de marcación rápida en el teléfono y le entregó el auricular a Josh. —Vas a hablar con tus padres ahora mismo —ordenó—. ¿Dónde se ha metido tu hermana? ¿Quién es esa chica con la que está hablando?

—La hermana de una conocida nuestra —respondió Josh mientras se acercaba el auricular al oído. Sólo sonó un tono antes de que alguien descolgara el teléfono al otro lado de la línea.

—¿Agnes?

—¡Papá! Soy yo, Josh.

—¡Josh!

El joven sonrió al percibir claramente el alivio que desprendía la voz de su padre. Pero entonces, una oleada de bochorno y vergüenza le inundó y se sintió culpable por no haber intentado contactar con sus padres antes.

—¿Va todo bien?

La voz de Richard Newman se perdió momentáneamente por un ruido de estática en la línea telefónica. Josh se tapó el otro oído con el dedo y concentró toda su atención en el sonido que emitía el auricular.

—Todo bien, papá; nos encontramos bien; acabamos de volver a San Francisco.